



Lecturas

Cuarto grado

Ser lectores

Tú ya no eres una niña ni un niño. Tú estás ya en cuarto. En los tres, o cuatro, o cinco años que llevas de escuela, y en la vida diaria, con tu familia, en la calle, en la televisión, ya aprendiste a leer y a escribir muchas palabras. Pero, más allá de esas palabras, hay muchísimas más. Y las palabras son los puentes que nos llevan al conocimiento. Este libro busca prepararte para que puedas leer todos los demás. Los de la escuela y los que vayas conociendo en otras partes. Este libro se ocupa de lo más importante que la escuela debe darnos: hacernos lectores.

Una cosa es saber leer y escribir, estar alfabetizados, y otra cosa es ser lectores: que cada día dediquemos un buen rato a leer por el gusto de leer. Además, claro está, de lo que tengamos que leer para informarnos y para cumplir con nuestras obligaciones escolares. Ser lectores facilita las otras dos metas centrales de la escuela: enseñarnos a convivir y enseñarnos a manejar los números.

En este libro abundan los textos literarios. Textos en que las autoras y los autores hablan de sus sentimientos, o nos cuentan su vida, o la de otros personajes —históricos o imaginarios—, o nos descubren maneras que no conocíamos de ver el mundo. Textos que nos hacen capaces de analizar la realidad con un pensamiento crítico, y que fomentan nuestra imaginación. En realidad, lo más probable es que hayas comenzado a conocer esta clase de relatos antes de que supieras leer y aun antes de que supieras hablar. Cuando tus padres o abuelos o hermanos mayores comenzaron a contarte cuentos, episodios históricos, leyendas, qué aventuras has tenido en tu vida. Quizá ciertas palabras te resulten desconocidas, por eso las hemos consignado en un glosario al final del libro. En los textos, las palabras marcadas con color azul te indican que debes consultarlo.

Frecuentar los textos literarios —dedicarles un rato cada día— nos enseña a salir de nuestra persona para convertirnos en otros. A hacer nuestras las experiencias y las situaciones de otros seres, sus ideas y sus maneras de ver, sentir e imaginar. Nos aficiona a la lectura, nos convierte en lectores. Y, no lo olvides: eso es lo más importante que la escuela puede darte, porque eso te dejará capacitada o capacitado para que sigas aprendiendo durante todos los días de tu vida.

Felipe Garrido
Académico de número
Academia Mexicana de la Lengua

Orfeo y Eurídice

Anónimo

El joven Orfeo solía entonar espléndidos cantos acompañado de su lira. Su música era tan hermosa que las fieras del bosque se acercaban a lamerle los pies; incluso las turbulentas aguas de los ríos se desviaban de su cauce para poder escuchar aquella música maravillosa.

Cierto día, Orfeo se encontraba en el corazón del bosque tocando su lira, cuando, de pronto, descubrió entre las ramas de un lejano arbusto a una joven ninfa que, oculta, lo escuchaba embelesada. Orfeo dejó su lira y se detuvo a contemplar a aquel ser, cuya hermosura y discreción no tenían igual. La joven ninfa, llamada Eurídice, se acercó a Orfeo y se sentó junto a él. Entonces, éste compuso para ella la más bella canción de amor.

Días después, se celebraron, en aquel mismo lugar, las bodas entre Orfeo y Eurídice.



A ella le encantaba salir a caminar por los verdes prados de Tracia. Así, una mañana durante uno de sus paseos, la mordió una serpiente, que le causó al instante la muerte. Al enterarse de lo sucedido, Orfeo cayó en un profundo desconsuelo.

Lleno de dolor, decidió descender a las profundidades del Hades, la tierra de los muertos, para ir en busca de su amada.

Con su dulce canto y su poesía, Orfeo conmovió a Caronte, el barquero, quien lo dejó atravesar el río Estigia, el límite entre el mundo de los vivos y los muertos. Empleando de nuevo sus habilidades artísticas, el joven persuadió a Perséfone y a Hades para que le permitieran llevarse a Eurídice de vuelta a la tierra de los vivos.



Las divinidades aceptaron que se llevara a la hermosa ninfa, pero le hicieron prometer que no intentaría verla hasta que hubieran abandonado el mundo de los muertos. De este modo, ambos emprendieron el camino de vuelta: Orfeo por delante, rumbo a la luz, y Eurídice a sus espaldas, siguiéndolo.

Pero al cruzar el último umbral del Hades, temeroso de que Perséfone lo hubiera engañado, Orfeo volvió la mirada para comprobar que Eurídice lo seguía. Y sin más, su amada fue arrastrada de nuevo hacia las oscuras profundidades.

Desesperado, Orfeo intentó regresar por ella, pero esta vez Caronte no se lo permitió.



Glosario

- aherrojar.** Poner a alguien ataduras de hierro para someterlo.
- alano, na.** Perro corpulento y fuerte, con cabeza grande, orejas caídas, hocico chato, cola larga y pelo corto y suave.
- antipara.** Prenda que cubre la pierna sólo por delante.
- apear.** Desmontar o bajar a alguien de una caballería, de un carruaje o de un automóvil.
- asaz.** Bastante, muy o mucho.
- asordar.** Ensordecer a alguien con ruido o voces.
- atabal.** Especie de tambor pequeño o tamboril que suele tocarse en fiestas públicas.
- berza.** Variedad de col; planta de color verde intenso, cuyas hojas tienen el borde rizado.
- buhonero, ra.** Persona que lleva o vende baratijas, como botones, agujas, cintas, peines, etcétera.
- diáfano, na.** Dicho de un cuerpo: que deja pasar la luz casi en su totalidad.
- díceres.** Dichos de la gente, habladurías y murmuraciones.
- egregio, gia.** Que destaca o se distingue de los demás por sus cualidades o por sus méritos.
- escorzar.** Hacer un dibujo o una pintura con sentido de profundidad.
- gres.** Pasta compuesta de arcilla y arena, que sirve para fabricar diversos objetos.
- homúnculo.** Ser deforme con algunas características humanas y que ha sido creado por medios artificiales.
- huizache.** Árbol de ramas muy espinosas y flores de color amarillo.
- inconmensurable.** Enorme, que por su gran magnitud no puede medirse.
- jockey.** Jinete de carreras de caballos.
- juil.** Pez de agua dulce de las lagunas del Altiplano, muy parecido a la carpa.
- legua.** Medida de longitud, que en el antiguo sistema español equivale a 5572.7 metros.
- macehual.** En la sociedad náhuatl, persona que pertenecía a la clase social que estaba entre los esclavos y los nobles.
- madrépora.** Coral con forma de árbol.
- malaquita.** Mineral verde, que puede pulirse y suele emplearse para cubrir objetos.
- monodelfos.** Es una de las dos subclases en que se dividen los mamíferos, conocidos como euterios o placentarios.
- moscador.** Especie de abanico.
- opalescencia.** Reflejos de diversos colores, como los del ópalo.
- pinjante.** Joya o pieza de oro, plata u otro material, que se lleva colgada a modo de adorno.
- piragua.** Embarcación pequeña, estrecha y muy liviana que se usa en los ríos y en algunas playas.
- pisciforme.** Con forma de pez.
- pórfido.** Roca compacta y dura, de color oscuro y con cristales de cuarzo.
- quórum.** Número de individuos necesario para llegar a acuerdos.
- rabino.** Maestro que interpreta los textos sagrados judíos.
- recoveco.** Sitio escondido o rincón.
- salmuera.** Agua que sueltan las cosas saladas.
- saudade.** Refiere un sentimiento de nostalgia, añoranza o soledad.
- sinagoga.** Edificio dedicado a la reunión y culto de la religión judía.
- tisú.** Tela de seda entretejida con hilos de oro o plata.
- tlatohuani.** Gobernante de una ciudad.
- tordillo, lla.** Referido a una caballería, que tiene el pelo mezclado de negro y blanco.
- verduguillo.** Arma blanca, como una navaja, un puñal o un estoque.
- zaquizamí.** Enmaderamiento de un techo.

Créditos iconográficos

Mariana Alcántara Pedraza, pp. 47, 59, 74, 121, 133
Diego Álvarez, pp. 17, 36, 38-39, 63
Sharon Barcs, pp. 95-97
Israel Barrón, pp. 12, 76-78, 98-100, 116-119
Patricio Betteo, pp. 22-25, 26, 101
Ángel Campos Frías, pp. 18-19, 44-45, 75, 107
Julián Cicero, pp. 40-41, 56-57, 112-113
Juan José Colsa, pp. 48-49, 54, 58, 90-91, 154, 155
Paloma Díaz Abreu, pp. 32-33, 70-73, 80, 104-106
Julia Díaz Garrido, pp. 142-143
Ixchel Estrada, pp. 30-31, 50-51, 55, 85
Ricardo Figueroa Cisneros, pp. 13, 34-35, 152-153
Mauricio Gómez Morín y David Lara, pp. 20-21, 66, 67, 46-47
Natalia Gurovich, pp. 79, 115
Alejandro Herrerías, pp. 148-151
Claudia Legnazzi, pp. 14-16, 43, 68-69, 144-147
Diego Molina, pp. 82-83, 114, 130-132, 135
Claudia Navarro, pp. 122-129
Gabriela Podestá, pp. 28-29, 92-94, 108-110
Tania Recio, pp. 27, 60-62, 134, 138-141
Esmeralda Ríos, pp. 11, 111, 120
Luis San Vicente, pp. 8-10, 86-89
Mauricio Torres Rivera, pp. 64-65, 136-137
Cecilia Varela, pp. 42, 81
Cuauhtémoc Wetzka, pp. 52-53, 102-103